

NATURALEZA MUERTA

Gisela Heffes

Theresa. Así se llamaba. Tenía las piernas gordas como dos patas de jamón. De esas que cuelgan en los almacenes y cantinas españolas. Rosadas, llenas de estrías y contusiones azules. Amarillentas por momentos. Muy flácidas. A veces incluso translúcidas.

En realidad, yo le hacía un favor a su hermana. Ella me mandó. Primero, me pidió que lo hiciera una vez por semana. A la tarde, cuando salía de trabajar. ¿Qué me costaba? Los chicos están grandes, me dije. Pueden quedarse solos un rato. Les dejo la comida en la heladera y ellos la calientan. Les dejo una nota sobre la mesa con letra grande así la ven. Seguro que ni la van a mirar.

–Podés ir después de trabajar, cinco minutitos nomás– insistió la hermana, como leyendo mi mente. Después colgó. Yo le tenía aprecio. Yo la quería. Ella me había ayudado tiempo atrás y yo me sentía en deuda. Nos habíamos conocido en Texas, hace más de diez años, pero ahora estaba lejos, en Missouri.

Yo vivía en una parte céntrica de la ciudad – si esta parte podía llamarse “céntrica” – ya que esta ciudad, como la mayoría de las ciudades norteamericanas, no tenía centro: era una amalgama de rutas, carreteras, puentes, curvaturas metálicas y de cemento, una película eterna, gris, dura, y autos, autos y más autos. Y en sus orificios se erguían, desparramados, edificios altos y puntiagudos, incisivos como los colmillos de un tiburón, torcidos, retorcidos, brillantes, enceguecedores.

Pero la casa de Theresa no estaba en la ciudad. Estaba alejada, en las afueras, en un suburbio que se abría en el espacio luego de atravesar incontables autopistas. Vivía en una casa rodante, junto a miles más. Era un parque en el que se alquilaba el lote y cada cual estacionaba su trailer y pagaba un alquiler. Entonces las casas dejaban de ser “rodantes” y se volvían sedentarias. Las ruedas desaparecían, hundidas en el suelo blando, rodeadas de matorrales y yuyos a veces incluso llenos de espinas. En el frente de estas casas había, en general, todo tipo de muebles: sillones raídos, mesas y sillas, parrillas para asar, hornos viejos y vacíos en cuyo interior crecían plantas e hibernaban miles de ardillas, macetas, escobas, zapatos sin sus pares correspondientes, bolsas de plástico negras, posiblemente llenas con ropa usada, y heladeras desenchufadas, abiertas o cerradas, y en las que crecían flores y pájaros silvestres.

Me tomó un buen rato encontrar el número del trailer de Theresa. Estaba oculto bajo la frondosidad de un matorral que se empeñaba en ocupar gran parte del frente de la casa. No había timbre, por lo que golpeé a la puerta aunque estuviera entornada. Nadie contestó. Esperé unos minutos más y volví a golpear de nuevo. Esta vez abrí un poco más, pero mis ojos no pudieron avanzar demasiado ya que de inmediato se tropezaron con objetos, miles de objetos que se aglomeraban por toda la casa y que me impedían el paso. Su hermana me había dicho una vez que Theresa era aficionada a los yard sales o garage sales (suerte de feria americana que se monta en los jardines de las casas, generalmente al frente, y donde se venden objetos, toda clase de objetos, a precios muy muy bajos). Los yard o garage sales eran como un mercado de pulgas individual, tenían lugar en la privacidad de una casa, y el o la interesada debía visitar cada jardín para ver los objetos. De hecho –y esto lo iba recordando mientras mis ojos se desplazaban de un teléfono descompuesto a una muñeca de porcelana sin brazos, de una alfombra arrollada en una esquina a diez sillas apiladas sobre una mesa de madera que, seguramente, nunca se usaría– algunas personas recorrían sistemáticamente estos laberintos de objetos usados todos los fines de semana, desde bien temprano a la mañana, hasta tarde en la noche. Sin duda, me dije, en esta actividad existe, aunque de manera vedada, una verdadera política del reciclaje.

Luego de golpear a la puerta más fuerte, apareció por fin Theresa. Tenía un pantalón elastizado azul marino y una remera blanca, medio raída y larga. Había una inscripción desteñida en la parte superior derecha, en la que se leía el nombre de una universidad. Theresa me sonrió e invitó a pasar. Me esperaba. Su hermana le había telefoneado para avisarle que yo vendría. Theresa creía que mi presencia allí era una exageración de su hermana, pero Theresa estaba acostumbrada a las exageraciones, de manera que esto también se lo tomó con calma.

–¿Te gustan?– me preguntó, un poco para decir algo; otro poco, porque mis ojos tropezaron de inmediato con las diez sillas que se amontonaban hasta tocar el techo.

–Sí, parecen cómodas– contesté. Mentía. Lo cierto es que era imposible distinguirlas del resto de los objetos y verificar, por lo tanto, su nivel de confortabilidad.

–A mí no– retrucó. –Las voy a vender. Las compré un día porque estaban a un dólar cada una, y pensé que sería bueno para recibir visitas, pero me ocupan mucho lugar y ahora quiero deshacerme de ellas.

Después, sin que yo le pidiera ver más, me mostró siete tipos diferentes de aparatos telefónicos. Estaban todos en una caja, y me advirtió con sincera preocupación que estaba buscando un lugar en donde exhibirlos.

–Soy una enamorada de los zapatos– me dijo luego, cambiando abruptamente de tema. Y me llevó, en medio de cajas, mesas pequeñas, estatuas y libros, a otra habitación en cuyo placard guardaba por lo menos trescientos zapatos.

–¡Son todos tuyos!– exclamé. Creo que nunca había visto tantos zapatos juntos.

–No todos me entran– me aclaró. –Algunos los compré sólo por cincuenta centavos, y otros porque me parecían originales y lindos.

Sin apuro, comenzó a sacar los zapatos de las cajas, mostrándome la textura del cuero, la calidad de los tacos, la extensión de los lazos, la extravagancia de las flores, la excelencia de las suelas...

–Ves, esta sandalia me entra, pero hay que arreglarle el taco, y a esta zapatilla, le hace falta un par de cordones.– Theresa me miraba, expectante, orgullosa de sus hallazgos, temiendo incluso mi envidia. –Algunos son viejos, más viejos que mi abuela– continuó.– Voy a venderlos por e-bay y pedir el doble, seguro que los vendo rapidísimo.

Theresa resopló, con fatiga. Quise preguntarle cómo sacaría tiempo para registrar cada uno de sus objetos y ponerlos en internet. Ese trabajo en sí podría demandarle meses, tal vez años. Sin embargo asentí sin decir nada. Algo me retuvo y no me animé a hacerle ésta o cualquier otra pregunta. En definitiva, no era mi problema.

Theresa tenía una personalidad particular y su cuerpo enorme me atemorizaba. Su rostro rosado, aunque sonriente, me parecía de una tranquilidad amenazante. Le tomé la presión arterial, como le había prometido a su hermana, y me retiré. La tenía alta.

Estas visitas se hicieron frecuentes. Con el fin de retribuir un viejo favor a su hermana, dos o tres veces por semana pasaba por lo de Theresa, después del trabajo, y le tomaba la presión arterial. En cada visita le subía un poco más. Del mismo modo, cada pequeño hueco de su casa iba siendo ocupado por más objetos que la misma Theresa, religiosamente, compraba en los yard sales todos los fines de semana.

Una vez me pidió que le buscara un escarbadienes. Pensé que era una broma, aunque Theresa no parecía tener un amplio sentido del humor. Un escarbadienes en esa maraña de objetos era para mí más difícil que todas las misiones imposibles de James Bond. Theresa reposaba llena de sudor sobre la cama. Advirtió mi sobresalto y apuntó, con cierta ternura, hacia un armario encima de la pileta de la cocina. Me asombré que tuviera por lo menos treinta cajas de escarbadienes. Le pregunté, esta vez, de dónde había sacado tantas. Me explicó, aún en la cama, que las vendían por mayor en la farmacia, a casi mitad de precio.

—¿Cómo no aprovechar la oferta?— me preguntó, mirando hacia el cielo raso y abanicándose con una revista de la época de Ronald y Nancy Reagan.

Lo que en apariencia era un hobby (y así lo definían los aficionados a los yard sales) comenzó a parecerme más un vicio. Theresa no podía dejar de comprar. Compraba de todo, y para todos los tiempos y todas las personas. Compraba incluso productos viejos como cremas, jabones, pastas dentífricas. En algunas ocasiones, creía que se beneficiaba de los bajos precios; en otras, tenía la convicción de que podría revenderlos por el doble. Theresa no discriminaba. Y la cantidad era una condición constante de este hábito.

En la fría soledad del universo, en la soledad azul del mundo, en la exasperante soledad de la ciudad, Theresa conjuraba su aislamiento por medio de una continua aglomeración de objetos. Pero a pesar del imperturbable silencio de su trailer, Theresa era una monarca hiperbólica que reinaba rodeada de sus fieles payasos de vidrio, cuadros de fruta, panes duros y mohosos, vinos, libros de autores desconocidos, lámparas, brújulas, torres en miniatura y bicicletas oxidadas. Y con ellos establecía una relación de soberanía en las que, incluso, existían las revoluciones, la represión y la autarquía.

La presión arterial de Theresa subía. Subía como el volumen de objetos que la rodeaba. Entonces hablé con su hermana. Le previne, era mi obligación como enfermera certificada. Esa misma tarde encontré a Theresa en el suelo, sepultada bajo unos bastidores que acababa de adquirir por casi nada. Los bastidores, lleno de diseños japoneses, se encontraban diseminados

por todo el trailer, complicando aún más el tránsito de un espacio a otro. Había que sortear además objetos que no había visto en mis visitas anteriores, como una máquina de coser Singer, una casa de muñecas y una mesita con ruedas para revistas y diarios. Horizontal, con la rueda de un triciclo sobre su rostro grande y rosado, Theresa respiraba. Tuve que advertirle sobre el peligro de vivir con todos estos objetos que no sólo le quitaban el aire sino que además estaban acompañados de pesticidas y venenos, y que, en algunos casos, estaban fabricados con materiales que en la actualidad estaban prohibidos, por su alto contenido tóxico.

Theresa se recuperó. Yo le insistí en que ella misma hiciera una yard sale en el frente de su trailer, y que se deshiciera de todos los objetos que no usaba. Me miró indignada y se despidió pronto, apurada.

Durante un mes no pude regresar. Había tenido que viajar a Chicago para un entrenamiento relacionado con las salas de depósito de instrumentos y materiales de residuos, y en el que se examinaban los riesgos inherentes a los procedimientos de limpieza y desinfección. Si bien le había avisado a su hermana, ésta me llamó un día preocupada: hacía días que no tenía noticias de Theresa. Le prometí ir a visitarla, a mi regreso, en una semana.

Nadie contestó a la puerta. Aplaudí, llamé con mi celular al de Theresa, grité y hasta regresé al auto y toqué bocina. Nada.

Imposible penetrar. La puerta estaba bloqueada. Había cajas y más objetos detrás. Al ver, por el resquicio, este espectáculo, me angustié. Era un sentimiento inexplicable. Empecé a gritar. Intenté mover las cajas y abrir la puerta lo suficiente como para entrar, pero los objetos formaban un muro impenetrable. Di la vuelta y traté de abrir una de las ventanas, pero estaba también obstruida. Con los ojos pegados al vidrio, noté que junto a la ventana Theresa había colocado una pecera enorme con peces de colores y hasta una tortuga marina. Vi a través del agua, unos maniqués desnudos, aunque me pareció que un leve resplandor se desprendía de sus ojos vaciados. Luego me tropecé con el payaso de vidrio, más colorido que antes, y una calesita con animalitos que parecía girar aunque nadie le diera cuerda. Pensé que estaba alucinando. Me dirigí entonces hacia la puerta de atrás. Su auto estaba estacionado a unos pasos del trailer. Me acerqué despacio, con creciente preocupación. Sobresaltada, vi que el auto de Theresa estaba lleno de revistas de historietas de los años cuarenta. Cajas y cajas con historietas. Otra caja repleta de golosinas viejas, en el piso. Avancé un poco más, y pude ver junto al auto, en dirección opuesta al trailer, el cuerpo de Theresa recostado en el piso sobre una colchoneta, cubierto con una manta floreada y sujetando una almohada. Los párpados descansaban a la par de Theresa. Le toqué la frente: estaba fría. Fría y pálida, Theresa reposaba. A través de una curiosa sintaxis amorosa, Theresa y sus objetos se habían finalmente poseído. Una ballena enorme y blanca que

alguien más coleccionaría, en un edificio esterilizado, dentro de los archivos monumentales de la humanidad, donde se coleccionan estos especímenes extraños, solitarios, muertos en la orilla del mar, una corriente que la deparara en otro lugar, el lugar equivocado.